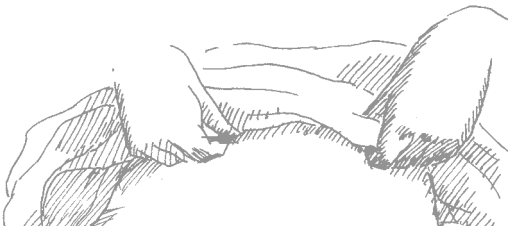
RAMIRO MONTOYA

El amor no tiene precio



El sábado a las cuatro de la tarde Virgelina decidió que subiría a doscientos pesos, premio que se asignaba por la faena que tendría ese fin de semana en Caracolí.

Afuera del rancho un sol de injusticia había convertido en plomo humeante el día, el aire, el silencio de la siesta.

Aunque hubiera protestas les doblaría la tarifa. Y el brioso impulso de su decisión la lanzó fuera de la hamaca hilachenta, la puso en pie y le dio energía para emprender el arreglo de su vivienda, dentro de aquellas cuatro paredes de bahareque.

En un rincón, cubierta con una colcha de retazos, estaba la cama, donde despachaba a los clientes mirando al techo de palmas amarradas, sin dejar de responder sus preguntas, las de siempre: "¿De dónde eres?" "Aquí entre nos, decime la verdad, ¿cómo es que te llamas?" "¿Por qué no te vienes a vivir conmigo?" "¿Quién fue el que te perjudicó?" "¿Es cierto que te perdieron a los trece?" Al principio, casi tímidos, van entrando en su retahíla y luego, más decididos, hasta la exhalación del final. "¿A mí qué se me quita con decirles algo a lo que van queriendo, si eso no dura mucho? Ellos se despachan rapidito, vienen a lo que vinieron, pagan y… el que te vio que no te olvide".

Había, en la calidez de la tarde, un silencio espeso con inminencia

de romperse de un momento a otro. Hilos de sudor le bajaban raudos, casi refrescantes, desde la nuca hasta la entrenalga, desde las axilas en doble goteo hasta las caderas y la entrepierna; desde la garganta y los senos afrutados, en un arroyuelo inagotable, hasta los pliegues del bajo vientre.

Para que aquel precario recinto quedara convertido en una caldera humeante bastaba con cerrar las dos puertas y la ventana de tablas despintadas. Fue lo que hizo para fumigar con DDT. Con persistencia esparció el tóxico en los rincones húmedos, debajo y detrás de los escasos muebles y en las paredes de arriba abajo, hasta que el ardor en los ojos, el sofoco y la tos la obligaron a buscar el aire.

Salió por la puerta de atrás, que daba acceso al baño y lavadero con suelos de cemento siempre mojados, hasta una letrina donde se puso en cunclillas mientras paseaba su mirada en busca de "Porfirio", el turpial domesticado que había cesado de cantar en el platanal de al lado, señal de que ya debía estar de regreso. Se lavó los dientes con un cepillo gastado y crema abundante, que se le desbordó sobre labios y mentón. Arrojó sobre el lavadero los calzones y el brasier, desató y enjabonó sus cabellos de mestiza, largos y lisos; abrió la llave y se metió debajo del chorro refrescante. Mientras el agua caía sobre su cuerpo elástico y delgado se preparó para la faena que la esperaba: entre un despliegue de tubos, cánulas y enjuagues mezcló rutinas de su profesión y consejos recibidos en el dispensario, hasta completar las tareas de limpieza íntima con mediana aplicación.

Volvió al cuarto con una toalla en la cabeza y otra alrededor de las caderas. Se atavió con un rojo de prendas interiores que por ser de estreno le trajeron un instante de felicidad. Empujó el baúl hasta el rincón, subió el volumen del radio transistor que emitía un ritmo distorsionado y entró en la hora del peinado, los talcos, lociones y coloretes. Encendió un cigarrillo para que el humo la protegiera de los mosquitos y para seguir pensando en su proyecto. "Y si no aceptan me voy, así falten tres semanas para terminar esta cosecha que no ha estado tan buena como yo esperaba".

La sábana limpia con que cubrió la cama mostraba tres notables rotos, por eso vaciló un momento y la volvió a guardar en el baúl. Prefirió dejar la que tenía porque aparentaba mejor y sólo la había puesto ayer.

El sopor de la tarde entró en una calma cercana a la inmovilidad. Un moscardón comenzó a zumbar y a chocarse contra las paredes. La madera de la puerta crujió levemente bajo una brisa que ensayaba sus inicios.

Lucy, la Catira, se había ido. Ella también podía irse si no aceptaban su decisión. Estaba decidida a jugársela

toda y así se lo diría al primero que llegara, sin importarle que los jornaleros se quedaran solos para los días finales de la recogida del algodón, que es cuando más suben al pueblo a gastar.

"No les va a quedar ninguna muchacha que les guste y les aguante, porque al tambo de abajo, aunque es más grande, estos hombres no entran. Si acaso algún indio borracho se le medirá a lo que la vieja Carmen Tierra consigue, que ahora lo que tiene son dos negras corronchas del lado de Urabá".

"Casi estoy lista; pero hasta las siete no empiezo a recibirlos". Faltaba una hora, y se echó semidesnuda en la hamaca, pasando un peine por sus cabellos, sintiendo de nuevo el sudor que manaba desde su nuca, parejo con las gotas que caían de sus axilas.

Afuera, el viento intentaba crecer. En el techo la hoja de zinc repetía su agonía y las cañabravas sueltas del bahareque crujían con débil insistencia. Alargó su mano para mejorar la sintonía del radio transistor, y entonces sintió que la calma de la tarde volaba en pedazos por un tropel rotundo en la calle. Se lanzó a la puerta y vio pasar tres jinetes, envueltos en la amarillenta polvareda levantada por los cascos.

Pero lo que oyó no fue solamente un ruido de cabalgaduras. De pronto, como si se rompiera la burbuja de aquel marasmo ecuatorial, llegó desde todas las direcciones el sonar estridente de las chicharras, sostenido y monótono. Luego, desde el monte, se precipitó como un aguacero creciente el zumbido de la plaga de mosquitos mezclado con el de las cotorras que planeaban en un semicírculo de aleteos, para integrarse después a las ramas doblegadas por su algarabía parlanchina.

Una pausa, y las bandadas de pericos bajaron de la espesura a poblar los cedros, que igualmente doblaron sus copas ante el desbordamiento verde y sonoro.

El silencio estaba roto. El bullicio universal cumplía su cita con exactitud para confirmar que cada día trae su noche.

La mujer siguió con sus maquillados ojos las vueltas que daba un remolino de hojarascas levantado por el viento sobre los techos de paja y zinc de Caracolí. Entró para ponerse la más liviana de sus batas y la más vistosa, con grandes flores rojas, cuando oyó venir, por el camino arriba, la música traída por alguien que se iba acercando:

> ¡Que el amor, que el amor
> no tiene precio!

Apareció entonces el negro Garnacho con su camisa limpia de los sábados, su sonrisa blanca como un piano abierto, meneándose al ritmo que destilaba el transistor:

¡Que el amor, que el amor
no tiene precio!
¡Qué lo va a tener,
qué lo va a tener!

Antes de que pudiera arrepentirse, más que todo para cerrar un compromiso consigo misma, Virgelina se lo dijo: —Oiga, negro, para que lo sepa usted y lo sepan todos. De hoy en adelante, el que quiera entrar a este rancho ¡tiene que aflojar doscientos pesos!

Por un momento, el aludido no entendió el alcance de lo que oía y continuó moviéndose al son que salía de su radio; pero de repente prorrumpió en una gran exclamación: —¡Eche! ¡Mied...da! Y se lanzó a cuantas tenía por la calle polvorienta hasta la primera cantina, a cincuenta zancadas de allí.

Como si les dejara caer una granada, desde la acera gritó la noticia hacia las mesas desbordantes de jornaleros que bebían cerveza, y les encimó su propio parecer, que nadie le estaba pidiendo: —¡Para que vean lo caro que está Caracolí!

Mientras en tiendas y corrillos se discutía la nueva cifra, Virgelina esperaba mezclando su firme decisión con atemorizados recelos: "¿Y si se niegan? ¿Y si vienen a romperme la jeta? ¿Y si me sientan en un hormiguero como a la Catira – claro que por otras razones?"

Al escuchar el vocerío de los cosecheros que venían hacia el rancho, acicaló su traje, peinó de nuevo el pelo renegrido, se subió en los tacones altos y, lijada ahora por la duda, entreabrió la ventana para mirar. Vio cómo se acercaban cargando en parejas las cajas de cerveza, en un balanceo acompasado, entre asperezas y bromas, mientras con la mano libre bebían a pico de botella. Los más jóvenes ocupaban la vanguardia de la fila y de últimos venían los veteranos. Éstos eran más generosos en la paga, pero alguno, a veces, se quedaba dormido en la cama y había que cerrar por esa noche.

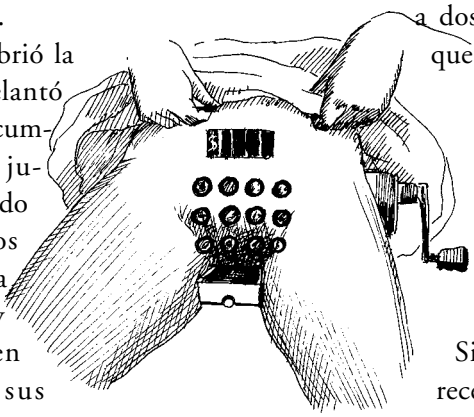
Estaban tan cerca que ella podía distinguir ahora la voz de los clientes más habituales. Al sentirse cercada por gritos, risotadas y desafíos, tuvo miedo y tomó un grueso travesaño para trancar la puerta, pero se detuvo y lo volvió a su sitio, mientras reconsideraba: "Lo mejor será discutir, negociarlo. Tal vez no consiga los doscientos pesos, habrá que convenir una rebaja. ¡Qué se le va a hacer!"

La tarde se desplegaba en arreboles púrpura sobre el barullo desbordante de mosquitos que zumbaban, cigarras que chillaban, cotorras y pericos que piaban y parloteaban Sólo muy transcurridas las horas y como señal de madrugada, se irían apagando, uno a uno, aquellos enjambres, bandadas y colonias.

—¡Con doscientos me voy hasta Codazzi! gritó desde atrás del corrillo

uno de los reticentes. Protestas parecidas se escuchaban a medida que el bullicio de los más alegres, mezclado con la apatía somnolienta de los ebrios, fue llenando la vera del camino, como una barricada dispuesta para sitiar al enemigo, mientras la noche se venía encima, débilmente combatida por lámparas de petróleo que una mano pausada encendía en sitios dispersos.

Virgelina abrió la puerta, se adelantó con paso de cumbia y saludó juguetona poniendo repetidos besos sobre la palma de la mano y soplándolos en dirección a sus hombres.



Cuando inició el ademán de invitar al afanado corsario que estaba de primero, alguien atrás de la fila exclamó bien alto: —Despachálo prontico, bizcocha linda, porque ese palúdico fue de los que protestó. ¡A mí sí no me importa lo que querás cobrar!

—Vos, Andrada, no seas tan lambón, ¿quién te mandó a mostrar la necesidad? Y vos, chumbimba ¡no te creás que sos la vaca que más alambrado tumba y que nos vas a sacar de a medio jornal por chapaleo! Esta voz de Danilo Casulla, que había sido policía y llevaba tres temporadas en el algodón, levantó una clac de respaldo. Regino Lastra, que tenía lengua de trapo por los ríos de cerveza que había tomado, soltó un eructo de linchamiento : —Esperáte que estemos solos y me vas a contar qué mico tenés en la horqueta pa' subirte a doscientos pesos…¡si es que te dejo dientes!

Ante tales razones, nuestra especuladora, deseosa de apaciguarlos, cedió en su aritmética: —¡Bueno, convenido, mis amores. Si doscientos les parece mucho, pongamos que no!

Una brisa fuerte levantó los bordes de su falda. Pensó que la noche iba a ser fresca. Tranquila y reina de la situación, mientras empujaba hacia adentro al primer afortunado, antes de cerrar la puerta, sin elevar el tono, anunció su decisión salomónica: —Pues, entonces, desde hoy que sean ciento cincuenta. Pero eso sí, ¡el que no lo tenga parado que no haga cola, porque no puedo perder el tiempo!